señala, vendrán sobre nosotros todos los males. Sin María, seremos soldados sin capitán, que pelean en desorden y que son rotos y perseguidos en los primeros encuentros del combate. Seremos héroes de la tierra, si gustáis, pero en la desesperación suicidas. Sin María, ¡oh católicos hijos de España!, seríamos el pueblo altanero de Numancia y de Sagunto, que se precipita en las hogueras, antes que entregarse esclavo; pero no seríamos el pueblo del Pilar de Zaragoza, que cree y confía; ni el pueblo de Covadonga, que reconquista; ni el pueblo de Madrid, que la llama en el peligro y la ve aparecer entre los rotos muros de la Almudena; ni el pueblo de las Navas, que vence y que derrota; ni el pueblo, en fin, de Isabel la Católica, que, laureado con los mirtos y arrayanes de la Alhambra vencida, hinca sus rodillas para dar gracias á Dios por tan señalada victoria en las primeras playas descubiertas del Nuevo Mundo.

Sí, ¡oh Santísima Madre nuestra!, nosotros no queremos ser hijos desagradecidos y jamás nos olvidaremos de aquellos dolores crueles tuyos con que nos diste á luz para la vida de la gracia, que es la vida del cielo. Nadie nos arrancará del corazón y la memoria aquellos beneficios de que nos rodeaste, ni aquellos brazos con que nos levantaste, cuando caímos; ni aquellas caricias con que nos regalabas, cuando comenzábamos á caminar derechos por el camino de la virtud; ni estas palabras suavísimas que ahora suenan en el fondo de nuestra conciencia, como halagos y como quejas, y que nos alientan á llevar la cruz por la tierra, para ser coronados por tus manos en el cielo. Amén.

SEXTO DOLOR

Muerte de Jesús.

Empti estis pretio magno.
Fuisteis redimidos por grande precio.

(I Corint., VI, 20.)

Ahora es el juicio del mundo: ahora será lanzado fuera el príncipe de este mundo. Nunc judicium est mundi: nunc princeps hujus mundi ejicietur foras (1). Con estas palabras vaticinaba nuestro Señor Jesucristo el beneficio grande que el mundo iba á alcanzar con su redención. El mundo, hecho esclavo de Satanás, tenía un campeón poderoso y decidido que volvía por él; la causa, pues, de todo el mundo, iba á ser tratada en el que, verdaderamente, podía llamarse *juicio de Dios*. Pero ¡qué juicio tan singular! El mundo estaba acusado de traición, de perfidia, de dolo, de todos los crímenes; y, en realidad de verdad, era reo de todos estos delitos. El que lanzaba todas estas acusaciones, y esto era lo último de la iniquidad, era el mismo por el cual el mundo entró en los caminos obscuros de estas prevaricaciones; y el que tomaba á su

(1) Joan., XII, 31.

cargo la defensa del mundo, y esto era lo último de la bondad, era aquel mismo soberano Señor á quien la traición fué hecha, contra quien se levantó la perfidia y contra quien los dolos y las mentiras se maquinaron. Si el mundo, pues, era probado reo, ¿cómo sería defendido por el Dios de la verdad y de la justicia? Si el mundo, por sus ofensas contra Dios, merecía pena de muerte eterna, ¿cómo lo libraría de ella el juez que rectamente lo había de juzgar? ¡Oh Dios de la verdad!, Tú no echarás mano de nebulosas tergiversaciones, ni de intrincados y revueltos sofismas para sacar libre á tu pupilo, que es el mundo, de la pena con que merece ser castigado; tu inmensa caridad dejará satisfecha la justicia de tu Eterno Padre, porque, vistiéndote de nuestra humanidad, Tú aparecerás el reo, y, mientras que en Ti se cumple severamente la ley del castigo, el mundo será salvo de la servidumbre del infierno, y de las manos de su príncipe, que es el demonio, se caerá roto el cetro de la mentira y de la perfidia. *Nunc princeps hujus mundi ejicietur foras.*

Estábanse por el suelo, menospreciadas de los ojos de los hombres, aquellas soberanas virtudes con que Dios adornó el corazón de nuestros primeros padres, al vestirlos con la vestidura preciosa y rica de su gracia. Vilipendiada estaba la fe y se la llamaba fanatismo; ridiculizada la esperanza como mujer visionaria; interpretados los ardores de la caridad, como vehemencias de un loco; mofada la prudencia, como necia pusilanimidad; perseguida la justicia, como fiera desenjaulada; acechada la fortaleza, como soldado en campo enemigo, y despreciada la templanza, como flaca y ridícula cobardía... Estábanse así las virtudes meditabundas y llorosas, como proscriptas de su patria y arrojadas de su casa, que era el corazón de los hombres, y cuando el Hijo de Dios fué exaltado en la cruz, de nuevo tomaron posada en los espíritus regenerados por la sangre de Cristo y como fuerzas dimanadas del corazón de Dios, todo lo arrastraron

hacia El, para que todo en El fuera purificado. *Et ego si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad me ipsum* (1).

Vemos, pues, que todas las dificultades que se levantan en el camino de la vida, para oponerse á la felicidad del hombre, son allanadas por la inmensa caridad de Nuestro Señor Jesucristo. Se hace el hombre enemigo de Dios en aquella primera prevaricación; se le cierran las puertas del paraíso; se amotinan en contra suya los elementos, manifestando de esta manera que sienten el ultraje hecho á su Criador; se viste la tierra de abrojos y se rodea de bosques obscuros; la atmósfera ahoga á veces por el calor y á veces mata por el frío; las enfermedades se enroscan como culebras á la naturaleza del hombre y el dolor toma asiento perpetuo en su corazón, y de continuo se asoma á sus ojos para empañar sus alegrías con tristísima nube de lágrimas. Pero el inmenso amor que arde en el corazón de un Dios hecho hombre da fuerzas á la naturaleza humana para que no se desespere, cuando en su fatigoso camino se hiera los pies con los abrojos, ó le sorprenda el frío, ó le fastidie el calor, ó le asalten las enfermedades. El mundo estaba tullido y harto ya de estar revolcándose en el miserable lecho del dolor, y Jesús ha mandado al tullido levantarse y tomar su lecho á cuestas, y el mundo, cristianos, desde entonces, aun cuando anda cargado con la cruz del pesar, camina con rostro alegre por este obscuro valle, tristísimo lugar de nuestro destierro. Pero no era el dolor corporal producido por causas puramente materiales el que más se oponía á la felicidad del hombre; eran las mismas glorias con que el mundo pretendía solazarse, aquellas mentidas glorias, hermosas tierras de bruma, vistas en lontananza por el anheloso marinero y deshechas, como los ensueños, al irlas á tocar con la mano. Eran aquellas mentidas glorias locas como el orgullo, rastreras como

(1) Joan, XII, 32.

la avaricia, inmundas como la impureza, arrebatadas como la ira, sibaríticas como la gula, mordaces como la envidia y descompuestas como la pereza, las que traían al mundo revuelto y lleno de motines y de guerras. Estas eran, principalmente, las que se oponían á la dicha del hombre en esta vida y lo desposeían de la eterna bienaventuranza, y por triunfar de ellas murió Nuestro Señor Jesucristo.

Y ved ya aquí indicado el plan de mi discurso.

Satanás triunfó del mundo, haciéndole tomar por glorias las que no eran sino sus desdichas.

Y luego Nuestro Señor Jesucristo, muriendo en presencia de su Madre, trajo la salud al mundo, concluyendo con sus glorias engañosas.

Cuyas dos partes pueden atarse en la siguiente proposición: Hemos sido redimidos de nuestras esclavitudes por grande precio. *Empti estis pretio magno.*

He propuesto:

AVE, MARÍA.

I

Texto ut supra.

Como el hombre consta de cuerpo y alma, de dos maneras han de ser sus glorias ó sus placeres: unos que contenten á su parte material, y otros que satisfagan á la espiritual. Y es llano que los que atañan al cuerpo serán placeres de la carne, y los que al espíritu, glorias ó complacencias del alma.

Principiemos por el alma, que es la parte más noble.

El alma, creada por el aliento de Dios para cantar sus alabanzas y engolfarse en el piélago insondable de su amor infinito, tiene dentro de sí un deseo innato de eterna dicha y una esperanza ingénita de gloriosa inmortalidad. Satanás lee en los ojos de nuestros primeros padres el insaciable amor que arde dentro de sus almas inmortales; escudriña con su mirada todos los encantos de la creación, y ni en la inmensidad del mar, ni en la soberana magnificencia del espacio, ni en la poética y deleitable sombra de los bosques, ni en la gala de los valles, encuentra objeto digno que por su esplendente hermosura sea suficiente á saciar aquella sed de felicidad y á viciar los santos impulsos de sus almas; que todas las bellezas de la creación habían sido puestas, digámoslo así, en las manos del hombre, como las hojas de un poema para que en ellas fuera leyendo ó cantando á la invisible hermosura de su Creador. Dios, pues, estaba en sus corazones por encima de todas las cosas creadas, y hacia la posesión de Dios, que ellos sabían era la suma de todos los bienes, tendían sus incesantes deseos. Eran, pues, los reyes de la tierra, y al propio tiempo humildes siervos de Dios, y Satanás los tentó por el orgullo, haciendo so-

nar en sus oídos, como una deleitable música, aquel *eritis sicut Dii, scientes bonum et malum*. Si traspasáis el precepto del Señor, seréis como dioses, sabedores del bien y del mal, que los redujo á la miserable condición de desterrados y esclavos, de príncipes excelsos que antes eran.

Y aquí tenemos ya al mundo naciente derrotado por Satanás, que, haciéndole tomar por gloria una prevaricación, lo ha sumido en la mayor de las desdichas. Y á pesar de este castigo transcendental, ¿quién ignora que el mundo ha tenido por gloria la soberbia de su entendimiento? ¿No es la ambición de saber, y de saber más que los otros, la que trae á los oídos el murmullo de la fama, la que envuelve al alma en sueños de terrena inmortalidad, y en esos mismos sueños pone, aún á las plantas de los necios, de rodillas á las presentes y futuras generaciones? ¿No es la ambición de honores y de mando la que crispa los nervios del mendigo, que mira con ojos de codicia el trono de los reyes y siente que el corazón se le salta de deseo, cuando escucha la rugiente salva de los cañones con que los príncipes son saludados por sus vasallos?

¿Y cuál es la consecuencia de aquella desordenada ambición de saber sobre todos sus semejantes? ¿No es, por ventura, casi siempre la negación de la verdad y la confesión del error? ¿No fué la confusión y el enviciamiento del sagrado depósito de la fe única y verdadera en un solo Dios y el nacimiento de las falsas religiones? ¿Por qué creyeron los persas en Ormuz y Ahriman, y los egipcios en Typhon y Nephthis, y los indios en Brahma y Vichnú, y los chinos en Yang é Ing, y los griegos y los romanos en Júpiter y en Venus, siendo todos descendientes de Adán y de Noé, que adoraron á un solo Dios? Siendo una la religión verdadera y de todos conocida, ¿quién inventó tantas falsas religiones que, además de llevar la desdicha á los miserables pueblos, que las abrazaron, eran fronteras más impenetrables que las montañas y más temerosas que los mares? ¿Quién, sino la soberbia de la inteligencia, continuamente arrullada por los silbos de la serpiente?

Y ahora mirad: la ambición del poder fermentando dentro del alma, vuelve primero al hombre cabizbajo y melancólico; luego le hace andar todas las sendas practicables, que cree él le han de conducir á la gloria engañosa que desea; y como mira deshechas todas sus ilusiones, pronto se arma de impaciencia y, ciego por la ambición, todo lo acomete, lo justo y lo injusto; todo lo avasalla, lo obvio y lo difícil, acrecentándose su vanagloria con lo justo y lo fácil y agigantándose su ambición delante de lo injusto y lo difícil. Y el hombre, á quien la naturaleza no dió armas, como dió garras al león y pico á las águilas, arma sus manos inofensivas con lanzas y con dardos; cambia la paz majestuosa de los campos en el alboroto de la pelea; incendia las cabañas y las villas, y manchada su frente con sangre humana, vuela en pos de la gloria que ambiciona, sembrando á su paso, en todas partes, la muerte y el exterminio.

Pues, ¿qué cosas son éstas sino consecuencias palpables de la soberbia? Y ¿cómo apellidaremos aquella melancolía en que cae el ánimo del hombre, cuando mira el bien en sus semejantes, sino envidia? ¿Y cómo aquella cólera que lo ciega y pone en su boca la blasfemia y en su corazón el deseo vengativo y en sus manos la destrucción, sino ira? ¡Ah!, sí; la envidia y la ira, como criadas que son de la soberbia, van siempre en su compañía, y tan íntimamente enlazadas con ella viven, que yo tengo para mí, que la soberbia con la envidia, piensa y con la ira, obra. De aquí, que una vez envilecido el entendimiento del hombre, tenga él por dicha lo que es su mayor miseria, que es ponerse triste en presencia del bien ajeno y empañar con el hálito inmundo de su boca la hermosura del honor y la felicidad de la buena conciencia. Y de aquí también que las convulsiones de la ira y el tascar los fre-

nos esta desordenada pasión delante de las dificultades que se le presentan, se tenga por gloria soberana y dicha suprema por los iracundos.

¡Ah, cristianos, qué dichas y qué glorias las del mundo! Su espíritu anda fuera de razón y llama luz á las tinieblas; cosa deleitable, á la amargura; grande, al que se achica por la soberbia y no llega al cielo con humildes pensamientos; varón elocuentísimo al crítico mordaz é impertinente, y hombre valeroso y gloria de los fuertes, al que se deja vencer por todos los ímpetus de la ira. ¡Ah!, sí; estos tres pecados fueron las armas de que Satanás se valió para vencer al espíritu del hombre; entorpeció su entendimiento con la soberbia; hizo esclava su voluntad de la ira; y entristeció con la envidia su memoria. Torpe, pues, su entendimiento, ¿en cuántos abismos no se hundirá? Airada su voluntad, ¿quién hará el recuento de sus estragos? Taciturna su memoria, ¿quién llevará cuenta de sus lágrimas y de sus nocturnas pesadillas?

Tales son las desdichas con que el hombre se ha abrazado siempre, creyendo encontrarse con glorias imperecederas; las cuales desdichas, si fueran solas, eran para temer; mas como vienen acompañadas de otras más bajas miserias, deben convertir en miedo nuestros temores y hacernos salir de esa manera de encantamiento con que Satanás tiene embelesados, para su mal, á todos los que él hace cautivos. Porque luego que la soberbia, la ira y la envidia se apoderan del hombre, conviértense en sus verdugos y lo llevan y lo traen por tan miserables caminos que no dejan en él rastro ninguno de la imagen de Dios, que Dios quiso que resplandeciera en su semblante.

Y el hombre, que comenzó por codiciar la fama y por que su nombre fuera extendido por toda la redondez de la tierra, es difamado por el pecado de la lujuria y arrastrado desde el trono de sus altaneros deseos al infecto muladar de la impureza. ¿Quién pronunciará con respeto el nombre de un libidinoso? Toda la veneración se pierde, y toda la autoridad se acaba, y toda la belleza se envilece, cuando la frente está manchada con el cieno de la lascivia, y la lascivia, cristianos, es castigo de la soberbia. De modo que no puede uno alzarse con la gloria de sus acciones, ni desmedidamente codiciar ser tenido y estimado por los hombres, sin que al instante no sea despojado de aquella fama, que no le pertenece y encenagado con el lodo de la lujuria. Y aun siendo la lujuria castigo de la soberbia y tan terrible castigo, ¿quién ignora que el mundo corre enloquecido, como en pos de un bien imponderable, tras de esa desdichada desventura? Llámola desventura y no gloria, porque no es gloria la que obscurece las luces del entendimiento, enflaquece las fuerzas corporales, dilapida las más pingües rentas, llena de sobresaltos la vida, trae miedos al corazón y perenne crucifixión para la conciencia. Y estando los hombres sumergidos en este río de miserias, juzgan que con sus ondas corren en busca de la felicidad, y van á precipitarse en el sempiterno abismo donde las dichas tienen cerrada la puerta.

La gula ayuda á la lujuria á envilecer cada vez más al hombre, y se presenta á los ojos de éste como otra gloria engañosa de la carne; por eso el sibarita se adorna con las galas del desposado para asistir á los banquetes, y ávido de placer aguarda los para él exquisitos y delicados platos, con la misma convulsión y estremecimiento con que el jugador espera el naipe donde tiene colocada toda su fortuna. ¡Oh!, ¿y quién se atreverá á contar las desdichas nacidas de tales orgías? Por ser harto conocidas, yo os quiero hacer gracia de su relato.

Pero no puedo pasar en silencio otro vicio capital, que viene tras de la gula y la lujuria como en pos de la viveza de los repugnantes y rastreros reptiles en el estío, viene el enervamiento y el sueño helado de los reptiles del invierno. Ya habréis adivinado el nombre de este vicio: se llama pereza. ¡Oh, y cuántos ingenios deja este

vicio sin encender, como diamantes obscurecidos en el seno de las montañas; cuántas virtudes sin llevar á cabo, como los frutos que se secan y consumen en el árbol, y cómo asaltan, en fin, todas las maneras de pecados al hombre perezoso, como las cuadrillas de bandidos y malhechores penetran en castillo sin defensa! Y sin embargo, los vagos están extendidos á lo ancho y á lo largo de la tierra, y hierven y zumban, sin hacer nada, como banda de zánganos inertes.

Y éstas, juntamente con la sórdida avaricia, llamada sabiamente concupiscencia de los ojos, son las decantadas y principales glorias del mundo; yo os digo que el mundo que se levanta á espaldas de la Cruz, no tiene otras glorias, sino esas. ¿Queréis verlas á todas reunidas para que más hondo sea el deseo de despreciarlas? Pues se llaman soberbia, avaricia, lujuria, ira, gula, pereza y envidia. ¡Oh, falsas sirenas de canto hechicero y afiladas garras; sirenas que, impulsadas por Satanás, sumergisteis en el piélago borrascoso del pecado la verdadera felicidad humana, en nombre del pueblo que me enseñó á creer!, yo os maldigo. *Mihi autem absit gloriari nisi in cruce Domini nostri Jesu Christi!* Yo no quiero gloriarme en vosotras, sino en la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo.

Ya habéis visto por qué maneras Satanás triunfó del mundo, haciéndole tomar por glorias las que no eran sino sus propias desdichas. Veamos ahora cómo Nuestro Señor Jesucristo trajo la salud al mundo, muriendo en la Cruz.

II

La tragedia, que tuvo su principio después del último día de la creación y de la que fueron testigos los cielos,

campo las regiones del terreno Paraíso, actores por una parte la humanidad, que acababa de nacer en Adán, y por otra aquel cortesano de Dios, que fué arrojado del cielo por su rebeldía con todos sus secuaces; y víctima la descendencia de Eva. Esa grandiosa tragedia, de la que son actos la prevaricación de nuestros primeros padres; el desorden de la naturaleza, proclamándose independiente y alzando los brazos contra sus destronados reyes Eva y Adán; la ira de Dios, vomitando las aguas del diluvio; la dispersión de los hombres, confundidos en la torre de Babel; las razas sumergidas en las sombras de su ignorancia por sus pecados, mientras la luz del cielo riela en las ondas risueñas del Jordán; esa tragedia, de que son escenas importantísimas el paso de los israelitas por las revueltas aguas del mar Rojo, la destrucción de Tebas y de Nínive y la proclamación de las eternas leyes de la justicia en las cumbres del Sinaí; esa tragedia, por la que todos sentimos lágrimas en los ojos, vergüenza en el rostro y pena en el corazón; esa tragedia, cuya catástrofe y cuyo fin será el acabamiento del mundo, consumido por el fuego del diluvio universal, se presenta ahora á mis ojos en la más importante y terrible de todas sus partes; porque eclipsado el sol, como rey que cierra los ojos, apenado por la tristeza; llena de espanto y temblor la tierra; cubiertos de luto los horizontes, como crespones que envuelven la frente de las montañas, abiertas las puertas del infierno, por cuyas hondas cimas se precipitan las horrendas legiones de los negros espíritus vencidos, se abren las puertas eternales de los cielos y al través de las alas de los ángeles, que defienden la entrada de la gloria, se ve la resplandeciente luz del trono, que se prepara al divino vencedor, que, enclavado en una cruz, lucha contra el pecado, teniendo por armas la caridad, la paciencia y la humildad, en la sangrienta y empinada cumbre del Calvario.